

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO B

3ª Lectura (Mc. 9, 38-48)



“El que no está contra nosotros está a favor nuestro. Si tu mano te hace caer, córtatela”

«En aquel tiempo dijo Juan a Jesús: –Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no es de los nuestros.

Jesús respondió: –No se lo impidáis, porque uno que hace milagros en mi nombre no puede luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros está a favor nuestro. El que os dé a beber un vaso de agua porque seguís al Mesías, os aseguro que no se quedará sin recompensa. Al que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen, más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar. Si tu mano te hace caer, córtatela: más te vale entrar manco en la vida que ir con las dos manos al abismo, al fuego que no se apaga. Y si tu pie te hace caer, córtatelo: más te vale entrar cojo en la vida que ser echado con los dos pies al abismo. Y si tu ojo te hace caer, sácatelo:

más te vale entrar tuerto en el Reino de Dios que ser echado al abismo con los dos ojos, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga.» (Mc. 9, 38-48).

“Dijo Juan a Jesús”: Es la única vez que en los evangelios sinópticos aparece el apóstol S. Juan interviniendo directamente en solitario, y lo hace con tanto desacierto como lo hará en compañía de su hermano Santiago:

«No le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén. Al verlo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: “Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?”» (Lc. 9, 53-54).

S. Juan se muestra sumamente celoso de su Maestro, cosa buena, pero queda atrapado en el raquitismo humano, que no le permite ser lo expansivo que requiere ser el amor universal.

Los desaciertos no son sólo de S. Pedro, lo son también de S. Juan y de todos los demás, aunque sin la mala voluntad de Judas.

“Maestro”: La superioridad de Jesús los tenía a todos sobrecogidos de tal suerte que, aunque Jesús no había acudido a escuela alguna, sin embargo, veían que estaba por encima de cualquier escuela, y por ello lo denominaban *“Maestro”* con suficiencia intensiva.

“Hemos visto a uno”: Denota cierta susceptibilidad en el apóstol S. Juan esta mirada con ojos de celotipia insana. Es verdad que la salvación viene sólo de Jesús, pero no es verdad que la aplicación de la salvación sea exclusiva de Jesús, o de los apóstoles, o de los discípulos. No, sino que es incumbencia, por voluntad divina, de todo ser humano:

«Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio! Si lo hiciera por propia iniciativa, ciertamente tendría derecho a una recompensa. Mas si lo hago forzado, es una misión que se me ha confiado.» (1 Cor. 9, 16-17).

“Que echaba demonios”: Dime, Juan, ¿cuál es tu propuesta? – ¿Que los demonios sigan poseyendo las almas? ¿A quién sirves, Juan, a

Jesús o a Satanás? –Ya sé que quieres servir a Jesús, y de todo corazón, pero en realidad favoreces al enemigo de Jesús.

Si esta inocente maldad anidó en el corazón del discípulo amado de Jesús, ¿qué tiene de extraño que tú te veas involucrado en una culpable maldad similar? Pero precisamente para corregirte de tu corrupción es la meditación en este evangelio. Jamás obres impidiendo la expulsión de demonios, y menos todavía dándotelas con aires de virtud. No es éste un celo cristiano, sino diabólico.

“En tu nombre”: ¿Esto te pone nervioso, Juan? ¿Es que sólo tú quieres ser cristiano? ¿A los demás a lo sumo les perdonas la vida? Ya sé que todavía no has recibido el Espíritu Santo y por eso se dan en ti semejantes bajezas y desviaciones anticristianas. Después de Pentecostés comprendiste esta incipiente maldad, sufriste la maldad que te infirieron en la sinagoga y viviste en plenitud el amor universal. ¡Gracias, S. Juan! Enséñame esta lección a mí para que en tu nombre yo expulse demonios y no impida a mis hermanos que exorcizan.

“Y se lo hemos querido impedir”: Trágicamente Juan viene a acusar ante Jesús a un benefactor del evangelio: ¡qué desgracia! Tendrá que padecer él mismo más adelante la prohibición de predicar:

«Estaban hablando al pueblo, cuando se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del Templo y los saduceos, **molestos porque enseñaban al pueblo** y anunciaban en la persona de Jesús la resurrección de los muertos.» (Hech. 4, 1-2).

«Les mandaron que **de ninguna manera hablasen o enseñasen en el nombre de Jesús.**» (Hech. 4, 18).

«El Sumo Sacerdote les interrogó y les dijo: **“Os prohibimos severamente enseñar en ese nombre,** y sin embargo vosotros habéis llenado Jerusalén con vuestra doctrina.» (Hech. 5, 27-28).

«Entonces llamaron a los apóstoles; y, después de haberles azotado, **les intimaron que no hablasen en nombre de Jesús.**» (Hech. 5, 40).

A Jesús le dolió esta crueldad de su apóstol S. Juan, pero como sabía que la lección la iba a aprender en carne propia, se conformó con decirle: **“No se lo impedáis”**: ¡Preciosa pedagogía cristiana!

“Porque no es de los nuestros”: Otra manía generalizada en el ambiente apostólico pre-pneumático: “yo, y nadie más”. ¿Consideras acaso que no es hermano tuyo el que expulsa demonios en nombre de Cristo Jesús? –¿En ese caso entonces es que tú no eres todavía hijo de Dios? –Arrojar los demonios en nombre de Jesús supone tener fe en su persona. Aunque el exorcista no sea uno de los Doce, es de Jesús y está con Jesús.

La conclusión que debes sacar de esta enseñanza será:

- Quien invoca el Nombre de Jesús puede exorcizar: **vencer el mal.**
- Quien invoca el Nombre de Jesús es de Jesús: **está transformado.**
- Quien invoca el Nombre de Jesús está próximo a los discípulos: **es discípulo de Jesús.**
- ¿Quieres asociarte a la labor jerárquica? –**Invoca el Nombre.**

«Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará.»
(Hech. 2, 21; Rom. 10, 13).

«Entre los cercanos a mí mostraré mi santidad.» (Lev. 10, 3).

«Mas si tú a Dios recurras, Él velará sobre ti.» (Job 8, 5-7).

«Todo lo que pidáis con fe en la oración, lo recibiréis.»
(Mt. 21, 22).

«La oración ferviente del justo tiene mucho poder.»
(Sant. 5, 16).

«La oración del humilde las nubes atraviesa.» (Si. 35, 17-18).

«Pedid y se os dará.» (Lc. 11, 9).

«¿Sufre alguno de vosotros? Que ore.» (Sant. 5, 13).

«Quien huye de la oración, huye de todo lo bueno.» (S. JUAN DE LA CRUZ).

- En fin, hoy hay muchos demonios que expulsar: **invoca el Nombre.**

- Hoy hay muchos demonios que expulsar: **no impidas que otros invoquen el Nombre.**

«LA BENEVOLENCIA DE LOS NO-BAUTIZADOS.

El suyo era el caso frecuente de hombres que no se atreven aún a recibir los sacramentos de Cristo y, sin embargo, favorecen al nombre cristiano, hasta acoger a cristianos por el único motivo de que son cristianos. De ellos se dice que no perderán su recompensa (cf. Mt. 10, 42; Mc. 9, 41); no porque ya deban verse protegidos y seguros por la benevolencia que tienen hacia los cristianos, aunque no estén lavados por el bautismo de Cristo ni estén incorporados a su unidad, sino porque ya están gobernados por la misericordia de Dios de tal manera que llegan a esos hechos y salen seguros de este mundo. Efectivamente, éstos, incluso antes de asociarse al número de los cristianos, son más útiles que aquellos otros que, llamándose ya cristianos e imbuidos incluso de los sacramentos cristianos, persuaden tales cosas que arrastran consigo al castigo eterno a aquellos a quienes las persuaden.» (S. AGUSTÍN, Concordancia de los evangelistas, 4, 6, 7; CSEL 43, 401).

«AMPLITUD DE LA CATOLICIDAD.

De igual manera que existe en la (Iglesia) Católica lo que no es católico, así puede haber algo católico fuera de la (Iglesia) Católica.» (S. AGUSTÍN, Tratado sobre el bautismo, 7, 39, 77; CSEL 51, 363).

“Jesús respondió: –No se lo impidáis”: Cuando se trata de recortar las libertades humanas hay que pensarlo mucho, de lo contrario se está incurriendo en una injusticia. El evangelista S. Juan todavía no había recibido el Espíritu Santo y por ello anidaban en su corazón celotipias ilícitas e impresentables. Más o menos así nos ocurre a ti y a mí, y por ello debemos mortificarnos y vencernos.

Ante la perspectiva desviada del corazón del hombre, reflejada en los celillos del apóstol S. Juan, que obraba sin el auxilio de la gracia, Jesús propone un respeto a las libertades humanas que, movidas por el auxilio de la gracia, en nada las ejercen para hacer el mal, sino precisamente para expulsar demonios.

Todo lo que sea extorsionar iniciativas salvíficas, no viene de Dios, y, por tanto, recibe la siguiente advertencia: *“no se lo impidáis”*.

Al parecer la envidia viene desde antiguo, como que está inserta en el corazón humano. Ya Moisés tuvo que corregir a su discípulo Josué:

«Un muchacho corrió a anunciar a Moisés: “Eldad y Medad están profetizando en el campamento.” Josué, hijo de Nun, que estaba al servicio de Moisés desde su mocedad, respondió y dijo: “Mi señor Moisés, **prohíbeselo.**” Le respondió Moisés: “¿Es que estás tú celoso por mí? ¡Quién me diera que todo el pueblo de Yahveh profetizara porque Yahveh les daba su espíritu!”» (Núm. 11, 27-29).

Todavía se podría aludir a la proclamación del evangelio por mera envidia y rivalidad contra S. Pablo, y, con todo, S. Pablo se alegra de ver anunciado el evangelio del Señor y no lo impide:

«Es cierto que **algunos predicán a Cristo por envidia y rivalidad;** mas hay también otros que lo hacen con buena intención; éstos, por amor, conscientes de que yo estoy puesto para defender el Evangelio; aquéllos, por rivalidad, no con puras intenciones, creyendo que aumentan la tribulación de mis cadenas. Pero ¿y qué? Al fin y al cabo, **hipócrita o sinceramente, Cristo es anunciado, y esto me alegra** y seguirá alegrándome.» (Filp. 1, 15-18).

En fin, tu actividad pastoral cristiana consistirá en: “no se lo impidas”.

“**Porque uno que hace milagros en mi nombre**”: Si fue censurable la postura de Josué al impedir la *predicación* de Eldad y Medad, ¿qué censura no merecerá S. Juan al impedir el *milagro* en nombre de Dios!

Quien está puesto para canalizar la palabra de Dios, ¿se dedicará a impedirla? La respuesta de Jesús es contundente: “no se lo impedáis”.

Pero quien arroja los demonios en nombre de Jesús, está expresando más fe en la persona de Jesús que el mismo S. Juan, aunque también debe entender el exorcista que la autoridad se la da Dios a S. Juan, aunque de momento la ejerza mal. Ya llegará el Espíritu Santo y S. Juan sabrá amar como conviene, pues no en vano Jesús eligió apóstol preeminente suyo a S. Juan y no al exorcista.

“No puede luego hablar mal de mí”: Quien tiene disposición torcida para hablar mal de Jesús, no será favorecido por Dios para que expulse demonios. Por tanto, si los expulsa, es que está con Dios y hablará bien de Él.

“El que no está contra nosotros”: Al no existir una actitud de oposición contra Dios, se puede esperar todo tipo de bendiciones. Ten confianza en el buen obrar de quien no sólo no se opone al magisterio cristiano, pero, además, lo predica.

“Está a favor nuestro”: Jesús tiene más seguidores de los que se cree S. Juan. No sólo siguen a Jesús los doce apóstoles, los discípulos y las gentes que lo acompañan; hay también otros, ignorados por los apóstoles, que se adhieren a su doctrina. Por tanto, debe S. Juan abrir su estrecho corazón hacia otras realidades que Jesús desea que acepte como propias del mismo Jesús: *“a favor nuestro”*.

El celo de S. Juan, impidiendo que otros expulsen demonios, no era bueno, y fue corregido por Jesús. No gastes tus energías en impedir que otros anuncien el Reino o expulsen demonios:

«Bueno es pedir a Dios que ponga palabras adecuadas en tu boca. Pero es diabólico pensar que Dios no tiene más boca que la tuya» (JOAN GUASP, Selección de Pensamientos de D. Miguel Ramís-Alonso).

«LA SEVERIDAD AL JUZGAR.

Hay quienes, fijándose en los preceptos de severidad, que nos recuerdan que hay que reprender a los inquietos, no echar lo santo a los perros (cf. Mt. 7, 6; 15, 26; Mc. 7, 27), tener como pagano al que desprecia a la Iglesia, arrancar de la trabazón del cuerpo el miembro que escandaliza (cf. Mt. 5, 30; 18, 8-9; Mc. 9, 42-48), perturban la paz de la Iglesia de tal modo que se empeñan antes de tiempo en separar la cizaña (cf. Mt. 13, 29-30), y obcecados más bien con este error, ellos mismos se separan de la unidad de Cristo.» (S. AGUSTÍN, *La fe y las obras*, 4, 6; CSEL 41, 41).

“El que os dé a beber un vaso de agua”: Si va a tener recompensa una cosa tan insignificante como un vaso de agua dado a un discípulo de Jesús, ¡qué recompensa no tendrá quien expulsa demonios en su nombre!

“Porque seguís al Mesías”: El motivo motriz de la donación del vaso de agua debe ser Jesús, para que tenga recompensa de Dios. También es verdad que se puede hacer una obra buena con una finalidad mala, en cuyo caso la obra buena queda corrompida por razón del fin. Y así, no es bueno dar un vaso de agua fresca al homicida *porque* está matando.

“Os aseguro que no se quedará sin recompensa”: Recibir paga de discípulo presupone ser asociado al cuerpo de los discípulos de Jesús. Jesús valora tanto tu vida que, a cualquiera que te ayude, Dios lo recompensará generosamente.

Parece como que Jesús está ansioso de regalar sus dones. A nada que hagas por Él, Él se vuelca por ti. Jesús es una lotería en la que siempre toca el primer premio.

“Al que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen”: Por contraste podrás tú valorar la importancia salvífica que tiene, tanto el discípulo que evangeliza como el que ayuda al que evangeliza, aunque no sea más que con un mero vaso de agua fresca, pues tan terrible castigo merece quien des-evangeliza.

El término “escándalo (*σκανδαλίση*)” es un término que indica “hacer caer”, “hacer tropezar”; teológicamente sería “hacer pecar”:

«Σκανδαλίση.

Aoristo subjuntivo -λίξω **hacer caer/tropezar**; *ser ocasión de pecado para.*» (ZERWICK, M.; *Analysis Philologica N. T. Graeci*).

Escandalizar significa hacer caer en pecado, desviar a uno del verdadero camino, alejarlo de la fe.

“Pequeñuelos (*μικρῶν*)” se refiere a los humildes, no precisamente a los niños. Es superlativo de humildes, desvalidos, pobres... (los ínfimos). El término está emparentado con el “*anawin*” del profeta Isaías:

«El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los **pobres** me ha enviado, a vendar los **corazones rotos**; a pregonar a los **cautivos** la liberación, y a los **reclusos** la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh, día de

venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran.» (Is. 61, 1-2).

¿No es un gran crimen hacer caer en pecado (escandalizar) a uno de estos pobres golpeados por la vida de un modo tan despiadado?

De todo esto se puede inducir lo que sufre Jesús cuando un inocente es convertido en un malvado. Parece que aquí puede haber alguna alusión a la desviación de la teología judía:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! Vosotros ciertamente no entráis; y a los que están entrando no les dejáis entrar. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y, cuando llega a serlo, le hacéis hijo de condenación el doble que vosotros!» (Mt. 23, 13-15).

“Más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino (asnal)”: La “*piedra de molino* (μύλος ὀνικὸς)” habría que traducirla por “*piedra de asno*”, pero se comprende mejor diciendo “*piedra de molino*”, que es la piedra a la que se refiere S. Marcos. “Ὀνικὸς” no es “*molino*”, sino “*asno*”:

«Μύλος ὀνικὸς
Rueda (de molino) de asno, es decir, la piedra superior de un molino que era movida por un asno.» (ZERWICK, M.; Analysis Philologica N. T. Graeci).

La exageración de Jesús con lo de la “*piedra de molino*”, para hacer que se sumerja en el agua un escandaloso, es tanta, que no queda ni la menor duda sobre la gravedad del escándalo.

Al parecer este procedimiento penal de la rueda de molino lo usaban los romanos como castigo de ciertas maldades (cf. SÜETONIO, Aug. 67). Pero al hacer Jesús una alusión al código penal romano está poniendo todavía más de manifiesto la gravedad del escándalo, pues entre los judíos no se veía con buenos ojos la mención romana.

La crudeza de la predicación de Jesús en este pasaje es una llamada de atención contra la inercia con que la ciega voluntad humana se proyecta escandalosamente en la vida. No quiere Jesús que el escándalo te conduzca al naufragio eterno: ¡tómate en serio el Evangelio de Jesús!

“Y lo echasen al mar”: La imposibilidad de subir a la superficie, teniendo una rueda de molino al cuello, hace eficaz la imposibilidad de escandalizar a nadie. Es preferible quedar sepultado bajo el agua, que escandalizar a un “pequeñuelo”.

“Si tu mano te hace caer”: Manos, pies, ojos, son partes importantes del cuerpo humano que se pueden convertir en enemigos morales del hombre. Si antes el escándalo se daba en el exterior del hombre: desde el escandaloso hacia el pequeñuelo escandalizado, ahora el escándalo se da dentro del corazón del hombre: desde la mano hacia el corazón, desde el pie al corazón, desde el ojo al corazón.

“Córtatela”: Si antes había que cercenar al escandaloso tirándolo al mar con la rueda de molino atada al cuello, ahora hay que arrojar las manos, los pies, los ojos, todo lo que fuere preciso del cuerpo humano para conservar la vida en Dios.

Indudablemente que Jesús no está proponiendo una amputación real, sino que el hombre debe conservar tal disposición de ánimo que, a costa de cualquier sacrificio, debe conservar la vida divina en sí. Por tanto, no sería lícito cortarse la mano para no pecar, aunque sí habría que conservar la disposición de perder la mano antes que pecar, pero jamás cortársela.

“Más te vale entrar manco en la vida”: Antes que perder la vida eterna, es preferible suprimir radicalmente cualquier miembro escandaloso. Precisamente por perder un miembro, antes que perder a Dios, ese miembro se conserva para la vida eterna. ¡Que no se entra manco en la vida!, pero, aunque así fuese, preferible sería entrar manco, que no entrar jamás.

“Que ir con las dos manos al abismo”: Las dos manos que se han querido conservar, y que fueron ocasión de escándalo para el hombre entero, no se salvarán, sino que se irán con el hombre entero a la perdición eterna.

“Al fuego que no se apaga”: Ir al fuego eterno no es hacer un pa-seíto triunfal por la eternidad. Nada hay peor que esto, y es tan peor e insufrible que no puedes, a fuerza de exagerar, ni llegar a la millonésima parte de la realidad pavorosa infernal. ¡Tiembla!

“Y si tu pie te hace caer”: No es sólo la “mano” el objeto escan-daloso que te puede llevar a la condenación eterna, también el “pie”. Son muchos los enemigos internos que te asedian, pero no temas, Dios te au-xilia si tú te dejas. Te lo recuerda S. Pablo, aunque él hablaba también de los enemigos externos:

*¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?, como dice la Escritura: Por tu causa somos muertos todo el día; tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto **sa-limos vencedores gracias a aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro.**» (Rom. 8, 35-39).*

“Córtatelo”: Si no se corta la mano, tampoco el pie, pero sí debes conservar la disposición de perderlo todo antes que perder a Dios.

“Más te vale entrar cojo en la vida”: Es tal el valor de la vida eterna, que la pérdida de cualquier miembro, o de todos, es considerado como nada con tal de llegar a ella.

“Que ser echado con los dos pies al abismo”: El “abismo” es otra imagen del infierno. Es tan profundo, que no es posible surgir de él hacia la superficie. En conclusión, la condenación es eterna.

«EL INFIERNO NO ES UNA HIPÉRBOLE.

Piensa que yo no quiero amenazarte y atosigarte con peligros fal-sos, como hace una madre o una niñera con los pequeños, que cuando lloran de manera excesiva y sin parar hacen que se vuelvan quietos y silenciosos mediante narraciones ficticias. Estas cosas no son una fábula, sino que son palabras pronunciadas con voz sincera.» (S. BASILIO EL GRANDE, Homilía pronunciada en tiempo de hambre y sed, 9; PG 31, 328).

“Y si tu ojo te hace caer”: Tu ojo te puede llevar al mal, y corromperte; pero también te puedes valer de él para que te lleve al bien. Así lo anunciaba Jesús:

«La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!»
(Mt. 6, 22-23).

«LA CONNIVENCIA DE LOS OJOS CON EL PECADO.

Sabiendo que nuestros ojos son de alguna manera las ventanas del alma y que todos los deseos deshonestos penetran en nuestro corazón como si se tratara de colores naturales, [el Salvador] quiso que los arrojáramos fuera con rapidez, para que no pudieran nacer dentro, y que sus filamentos no crecieran letalmente en el alma, al germinar en la vista (Si. 14, 9: “El ojo del avaro no se satisface con su suerte, la avaricia seca el alma”).» (SALVIANO, *Sobre el gobierno de Dios*, 3, 37; SC 220, 214).

¿Quién no escandaliza hoy a tu ojo, y tu ojo a ti? ¿Quién...? —¿La calle?, ¿la televisión?, ¿el internet?, ¿el cine?, ¿el teatro?, ¿el periódico?, ¿el amigo?, ¿la familia?, ¿el colegio?, ¿la sacristía?, ¿...?: —El pandemio: ¡Reza, y mucho!

“Sácatelo”: Se trata de una acción positiva por tu parte. No puedes permitir que otros organicen tu vida, permaneciendo tú pasivo. Debes tomar las riendas de tu vida y obrar con energía cristiana. Esto no quiere decir, como habíamos indicado más arriba, que debas sacarte los ojos, no, sino que debes ponerte en situación de impedir eficazmente cualquier desorden moral en tu vista y en tu vida.

«¿AMPUTACIÓN FÍSICA LITERAL?

Nadie de vosotros, hermanos, piense que el Señor ordenó la amputación de los miembros. Es la voluntad lo que pretende reseca, no los miembros, y con aquella también las causas que inducen al pecado; por ello nuestro pensamiento, arrastrado por la vista, debe luchar contra los sentidos corporales como contra un enemigo que nos impidiera amar a Dios; y que no abandone los frenos ni dé rienda suelta a los ojos de la carne, porque éstos, como caballos en celo, se afanarán en desviarse del camino de los mandamientos. Por el contrario, debe reconducir las miradas de su cuerpo bajo el dominio de la razón, y no permitir que nuestros

ojos queridos por Dios como observatorios y testigos de la creación, se conviertan en instrumentos infames de malos deseos (cf. Mt. 6, 23).» (PS.-CLEMENTE DE ROMA, Reconociones, 7, 37, 5; GCS 15, 251).

“Más te vale entrar tuerto en el Reino de Dios”: La vida de la gracia, la filiación divina, es el bien supremo del hombre, el cual le exige apartarse de las ocasiones de caer, aunque duela tanto como cortar un miembro del cuerpo: es preferible amputar una parte del cuerpo, que perderlo entero; es preferible amputar una pasión, que perder la vida eterna.

“Que ser echado al abismo con los dos ojos”: Jesús recalca reiteradamente la realidad de la condenación eterna en el infierno, en el fuego eterno:

«UNA REITERACIÓN TERRIBLE.

No se ruborizó de repetir en este lugar tres veces las mismas palabras (S. Agustín se pregunta por qué la frase “sería mejor para Él” se repite tres veces). ¿A quién no hará temblar esta repetición y esta amenaza, salida con tal rigor de la boca divina?» (S. AGUSTÍN, La Ciudad de Dios, 21, 9, 1; CCL 48, 774).

“Donde el gusano no muere y el fuego no se apaga”: Jesús cita aquí al profeta Isaías. No se trata, por tanto, de una doctrina novedosa, pues ya Isaías la menciona. Lo que ocurre es que esta realidad del infierno la barre Satanás de la mente humana para que con más facilidad pueda conducir a los hombres a él:

«Y en saliendo, verán los cadáveres de aquellos que se rebelaron contra mí; su gusano no morirá, su fuego no se apagará, y serán el asco de todo el mundo.» (Is. 66, 24).

«¿POR QUÉ NO OMITIR TALES PASAJES?

No es pequeña la cuestión que aquí se nos propone, sino que es la más necesaria de entre todas las que los hombres investigan, a saber: si el fuego del infierno tiene fin o no. Parece que no tiene, puesto que así lo dio a entender Cristo, cuando dijo: “No se extinguirá su fuego y su gusano no morirá” (Is. 66, 24). Me doy cuenta que un escalofrío recorre sobre los que escuchan estas cosas, pero ¿qué le voy a hacer? Dios ordena decir estas cosas con frecuencia... Nosotros hemos sido constituidos para el ministerio de la Palabra, y es necesario que sea incómodo

para los que me escuchan, no de buena gana, sino obligado.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre la carta 1ª a los Corintios, 9, 1; PG 61, 75).

«LA PENA TEMPORAL Y ETERNA.

Os ruego, hermanos, que consideréis, si hoy alguien fuera expulsado de la reunión de la Iglesia por haber cometido algún pecado, ¿cuánto dolor y tribulación embargaría su alma? Y si el insufrible dolor es, una vez arrojado de esta Iglesia, donde el rechazado puede comer, beber y conversar con los hombres y mantiene la esperanza de poder volver a ser llamado a la Iglesia, pensemos ¿cuál será el dolor de quien fuere apartado por sus pecados de la Iglesia del cielo, de la reunión de los ángeles o de la compañía de todos los santos? ¿No le será suficiente a ese tal la pena de ser arrojado fuera, sino que además se le aparta en las tinieblas exteriores donde se consumirá mediante un fuego eterno? Quien mereciere ser excluido de la Jerusalén celeste, no sólo tendrá esa pena, sino que tampoco podrá comer ni beber, sino que también habrá de soportar las llamas del infierno, “donde hay llanto y rechinar de dientes” (Mt. 12, 13), lamentos y penitencia sin ningún remedio; donde aquel gusano no muere y el fuego no se extingue (cf. Mc. 9, 48); donde se busca la muerte y no se encuentra.» (S. CESÁREO DE ARLÉS, Sermón, 227, 4; CCL 104, 899).